

Joaquín BOSQUE MAUREL

La ciudad es la forma más perfecta y evolucionada del paisaje humanizado, de un paisaje terrestre cuyos caracteres naturales han sido profundamente alterados por la obra del hombre traducida en cultura.

MANUEL DE TERÁN
Habitat rural (1951)

La Tierra como Naturaleza es diferencia, heterogeneidad. La cambiante diversidad del Paisaje Natural —llanuras frente a montañas, jungla/taiga y desiertos polares, Sahara contra Mediterráneo— es su principal expresión. La Humanidad, el Hombre, desde su origen único, como *Homo sapiens*, es uniformidad, homogeneidad, aunque su capacidad creativa, intelectual e instrumental tiende a lo diferente y diverso. Mientras la Naturaleza pudo imponer su presencia y determinar la existencia del hombre sobre la tierra, la obra humana estuvo llena de contrastes y sus frutos fueron tan distintos y variables como la Naturaleza misma: recuérdense los géneros de vida de Paul Vidal de la Blache (1922). Aunque, desde el primer momento, el Hombre pretendió imponerse sobre la Naturaleza y transformar el escenario terrestre según sus necesidades. Uno de sus primeros y más importantes instrumentos en esa humanización del paisaje terrestre fue —y está siendo— la ciudad (J. G. Estébanez, 1995 y M.^a A. A. de Souza, 1999).

1. LAS ETAPAS DE LA URBANIZACIÓN/GLOBALIZACIÓN

El nacimiento/aparición de la ciudad, la primera revolución urbana según V. Gordon Childe (1965), constituyó una primera gran victoria del Hombre. E implicó una creación humana que, aun reconociendo el peso del medio fisi-

co y su variedad, significaba tanto el inicio del dominio de la Humanidad sobre la Tierra como un comienzo de ordenación del espacio y una tendencia hacia una Naturaleza humanizada y, por tanto, hecha a imagen y semejanza de los seres humanos y, en consecuencia, con una cierta homogeneización y uniformidad.

El fenómeno urbano nació en torno a los 6.000/5.000 años antes de Jesucristo y en diferentes partes de la Tierra —el Creciente Fértil mesopotámico-nilótico, el Valle del Indo, el Noroeste de China (G. Sjöberg, 1976)—, en no idénticos aunque tampoco muy distintos medios naturales y en sociedades tampoco iguales aunque próximas tecnológicamente. Pero fue el resultado de una revolucionaria invención instrumental y de una profunda transformación política y social: el paso de un nomadismo recolector y autosuficiente, propio de una población escasa y dependiente, en especial, del uso y la conservación del fuego, a una vida sedentaria, ligada al aprovechamiento y la domesticación de la fauna y la flora naturales y al uso de varias fuentes energéticas (V. Gordon Childe, 1965).

Ello fue el origen, sobre todo, de una tímida pero creciente especialización de la actividad humana, una importante creación de excedentes productivos y un diversificado intercambio mercantil entre los diferentes grupos humanos poseedores más o menos de una cierta capacidad de invención de artefactos y del uso conjunto y solidario de tales instrumentos. Nació así una nueva sociedad y una nueva relación hombre-medio que, en definitiva, provocó algunas aglomeraciones humanas con funciones en esencia no agrarias y formalmente muy diferentes, aunque siempre hechas desde fuera y para fuera: la ciudad preindustrial definida y analizada por Sjöberg (1966). Así se produjo una primera y todavía no muy significativa homogeneización, muy espaciada y distante en su implantación y en sus formas, del paisaje humanizado.

Esta ciudad preindustrial, similar por su origen y sus funciones, se manifestó formalmente de acuerdo con un dualismo no exento de cierta uniformidad. Por una parte, la ciudad espontánea e inorgánica dependiente, en principio, del medio físico y de una tecnología primaria y, además, ligada a las necesidades más inmediatas de la mínima unidad poblacional. Por otra, la ciudad planeada y ordenada, fruto de la racionalidad y dirigida a atender unos determinados objetivos predeterminados. Una dualidad que, con todos los cambios lógicos en el tiempo y en el espacio, ha constituido una constante en la vida del hombre y ha llegado hasta nuestros días. Una constante que, si bien pudo surgir alternativamente y en oposición al mismo tiempo y en espacios próximos, también se produjo a menudo en la misma comunidad urbana pero en momentos cronológicamente diferentes (M. Sorre, 1952 y P. Claval, 1981).

Sin duda que, entre ambos modelos, el segundo, racionalista y ordenador, implicaba —implica— una mayor uniformidad y, en consecuencia, constituyó —y constituye— una poderosa fuerza globalizadora y globalizante. Y,

aunque con menos claridad, también el primero, inorgánico y espontáneo, significó, hasta cierto punto, una cierta homogeneidad tanto formal como estructural. En esta línea, los grandes Imperios del pasado —Roma, el Islam, España— crearon y, hasta cierto punto, impusieron o, al menos, difundieron un determinado modo de hacer ciudad y, en definitiva, favorecieron ciertos modelos urbanos, la *civitas* (urbe, campamento y santuario) romana, con un claro precedente helenístico (A. García Bellido, 1966 y P. Grimal, 1970), la *ciudad islámica*, cuyas características formales no siempre han estado bien definidas (X. De Planhol, 1968 y R. B. Serjeant, 1982), o la *cuadrícula* urbana hispanoamericana (F. de Terán, 1989).

En ellas, a su trazado geométrico, casi siempre loxodrómico, perfectamente definido respecto al exterior, al menos en el primero y último ejemplos, no en el segundo caso, esencialmente inorgánico, más complejo y menos uniformizador, se añadía en todos los casos y en todas las épocas, una ordenación funcional del espacio, que significaba, en principio, una relativa y mínima diferenciación entre la ocupación residencial y el uso productivo del suelo, y en el caso musulmán, además del contraste entre lo "doméstico y lo civil", lo que a menudo se ha considerado como una atmósfera específica, propia de una "ciudad privada y religiosa" (F. Chueca Goitia, 1968). Una realidad urbana racionalizada que todavía tiene una considerable importancia espacial y social. Y que, además, alternaba —y alterna—, en todos los casos, con el otro modelo de ciudad espontánea e inorgánica, dominante en el mundo musulmán y siempre presente aun minoritariamente en el conjunto del habitat urbano (M. Sorre, 1952).

En el mundo actual, globalizado y globalizante, la revolución industrial de finales del siglo XVIII y primeras décadas del XIX, acentuó la contraposición formal y, más aún, social entre ambos modelos, el biológico y el racional. Aunque, en último término, la tendencia uniformadora, globalizante, predominó, ya que los frutos del liberalismo económico radical, de la imposición de las fuerzas del mercado, fueron a menudo tan negativas para el orden social y para el medio ambiente, y en definitiva para el Hombre, especialmente en el mundo urbano, que fue imprescindible la introducción uniformadora de estrictas normas y de muchas limitaciones a la espontaneidad y al individualismo, incluso en el capitalismo más salvaje, estrictamente sometido a un liberalismo pleno, manchesteriano, ya denunciado por F. Engels en 1845 (1974).

Sólo así puede explicarse el conjunto de planteamientos, primero intelectuales, y luego sociales y políticos que, desde finales del siglo XIX y a todo lo largo del XX, fueron surgiendo tanto a nivel arquitectónico como urbanístico y que pretendieron —y aún pretenden— imponer un orden incluso legal, a menudo mínimo y muchas veces incumplido, en la evolución y el desarrollo de la ciudad, actualmente principal y casi único protagonista de la ocupa-

ción y el uso del espacio terrestre (P. Hall, 1996). La población urbana, considerando como tal a la residente en los núcleos habitados con más de 20.000 almas, significa a comienzos del tercer milenio casi la mitad de los habitantes de la Tierra y las llamadas "megaciudades", urbes superiores a los diez millones de habitantes, superan la veintena, no faltan en ninguna parte del mundo y se han duplicado en número en las últimas décadas (J. Bosque Maurel, 1993-94).

Aparte, en la ciudad se concentran todos los elementos intelectuales e instrumentales que caracterizan hoy la vida económica y social y también aquellos grupos sociales y políticos que, primero, han creado esos elementos y sus factores consiguientes y, después, los producen y los dominan, controlando y gobernando, aunque sea subrepticamente, el mundo en que vivimos, sobre todo en sus aspectos económicos aunque no tanto en los sociales. Es claro que ello no significa una organización y un funcionamiento absolutamente eficaz y, en especial, justo para todos los países ni para todas las gentes y, mucho menos, para todas las clases sociales, como fruto de los efectos "perversos" señalados por Milton Santos (1996). No cabe olvidar que, como base teórica y no menos práctica, el capitalismo, gran artífice de la globalización, mantiene que "el mercado, la ley de la oferta y la demanda y la obtención del máximo beneficio con el mínimo esfuerzo" son sus grandes y principales instrumentos, lo que parece implicar, en principio, una moralidad ambigua y, como mínimo, una clara amoralidad que algunos llegan a calificar de inmoral (A. Giddens, 1999).

Quizás, por ello, en esas mismas ciudades, las bolsas de pobreza y miseria, la discriminación social, la extensión de la delincuencia, organizada o no, la incomunicación y la insolidaridad sociales, que se iniciaron y se extendieron con la ciudad, no han desaparecido sino que, al contrario, se han incrementado a despecho del generalizado crecimiento económico y del extraordinario progreso alcanzado por la tecnología (M. Castells, 1989). Y aunque, asimismo, en el conjunto del mundo más o menos dominado desde esas "megaciudades", y en el que sin duda el crecimiento técnico-científico-informacional (Milton Santos, 1994) y el desarrollo económico se han incrementado considerablemente, la distancia entre las distintas clases sociales, entre los diferentes continentes y países, y en concreto entre el Norte y el Sur de la Tierra, no ha dejado de acentuarse y de crear tensiones y problemas cada vez mayores: "en efecto, las estadísticas son angustiosas; la porción de renta global de la quinta parte más pobre de la población mundial se ha reducido del 2,3 por 100 al 1,4 por 100 entre 1989 y 1998" (A. Giddens, 1999, 28). Tensiones y problemas que, sobre todo, se perciben en ese mundo urbano que, en definitiva, dirige el desarrollo —sin duda desigual— del mundo en que vivimos (R. Méndez y F. Molinero, 1994). Y desde el cual se controlan y se manipulan los efectos de la mundialización/globalización dominante y creciente, y, por ende, con capacidad de hacerse "perversa" (Milton Santos, 1996 y 2000).

2. UNA "CIUDAD NUEVA"

Una de las características dominantes en esta globalización es su creciente "anglicanización", algunos dirían "americanización", de acuerdo con el peculiar empleo de este vocablo que se ha difundido desde los Estados Unidos. Y que es especialmente visible en el desarrollo y el funcionamiento de la sociedad urbana, en el nacimiento de una "ciudad nueva", sobre todo en América del Norte, pero también en todo el continente iberoamericano y en Europa, e, incluso, aunque de forma diferente, en el resto del mundo (J. Bosque Maurel, 1998).

Un factor esencial en el fenómeno globalizador fue —y sigue siendo— la aparición y el crecimiento explosivo y arrollador del motor de explosión, la gasolina y el automóvil —"car" en inglés y "carro" en Iberoamérica— en los Estados Unidos, después en toda América y finalmente en todo el mundo, dentro de una modalidad que pudiéramos denominar "norteamericana". Y al que, muy pronto, aunque con menor trascendencia, acompañó el "ascensor o elevador" (Lift), como apoyo y fundamento de un urbanismo creciente en altura. Con sus consecuencias inmediatas, la constitución y difusión de un modelo "nuevo" de ciudad, iniciado a comienzos de siglo en los Estados Unidos y extendido después, pero enseguida, a todo Occidente, aunque con indudables y numerosas variantes (S. Lilley, 1965 y O. Handlin y J. Burchard, 1966).

La nueva urbe se caracteriza, en primer lugar, por su extraordinario crecimiento en población, inmigrantes llegados de las próximas y más distantes partes del mundo, pero sobre todo en espacio, en "mancha de aceite" o "a saltos", pero siempre hasta gran distancia desde sus núcleos iniciales y por lo general centrales, en los que no faltan los recuerdos y reliquias, casi arqueológicos, de una primitiva ciudad, de tradición europea, a menudo británica, pero también española, y en algunos casos, fuera de América y Europa, islámica y/o oriental. Unos cambios fruto mayoritario de las crecientes facilidades derivadas del transporte intraurbano e interurbano; primero, individual y singularizado, gracias al motor de explosión en sus diversas modalidades y, en definitiva, del automóvil, pero también de la electricidad, que ha revolucionado el transporte colectivo (subway, metropolitano), y, finalmente, mediante la aparición y consolidación de las comunicaciones a larga distancia (massmedia), desde el telégrafo y el teléfono a la radio, la televisión y, por último, la informática. Un complejo revolucionario (técnico, científico e informacional) que ha sido fundamental en la expansión y el predominio urbanos pero no menos en la creciente mundialización/globalización de la Humanidad (Milton Santos, 1994 y 1996, y G. Benko, 1999).

Se ha desarrollado así una nueva red ciudadana a través de la formación de "aglomeraciones urbanas y áreas metropolitanas", fruto del crecimiento

individualizado de las unidades urbanas pero también de la fusión lateral de varias ciudades, tanto manteniendo una cierta jerarquía cuantitativa y/o cualitativa entre las varias "aglomeraciones urbanas", como incorporando en una misma gran "conurbación" ciudades muy diferentes en volumen y en evolución (J. Gottmann, 1961).

Áreas metropolitanas y conurbaciones que tienen como fundamento principal una densa y, en principio, eficaz red de líneas de comunicación que enlazan sus diferentes componentes, y que, en cada una de sus urbes primarias, oponen, por una parte, el "habitat" suburbano, predominantemente unifamiliar y ajardinado de los "suburns" periféricos, y, por otra, los barrios de edificación masiva y compacta, exenta o no, pero siempre en altura, de "rascacielos", de los "distritos centrales de negocios"(CBD) (R. Murphy, 1966). Este contraste entre un cinturón residencial exterior y un núcleo central de actividad, ambos especialmente dinámicos, implica, en muchos casos, una "zona de transición", intermedia aunque próxima al CBD, más o menos discontinua y muy deteriorada física y socialmente (ghettos). Y que, en ocasiones, de forma muy limitada en los Estados Unidos y más intensamente en Iberoamérica, en una postrema y, hasta la fecha, última etapa, puede haber iniciado una mayoritaria y transformadora "remodelación" y una menor y conservadora "rehabilitación", claramente globalizantes y uniformadoras ambas, nada respetuosas con los anteriores ambientes urbanos y apenas proclives a la conservación de algunos edificios singulares de cierto valor histórico en las escasas ciudades de relativa y limitada antigüedad de América (C. Jones, 1979).

"CBD", "Suburn" y "Autopistas" son rasgos básicos, aunque no exclusivos ni únicos, de la identidad de la ciudad norteamericana, que, sobre todo, después de la II Guerra Mundial, se ha difundido por todo el mundo. En este modelo no faltan las variables y los matices, que podrían sintetizarse en uno, inicial, "concéntrico", analizado por E. W. Burgess (1925) y difundido por R. S. Park (1935 y 1960). Y que, sometido a fuertes críticas derivadas de un mejor conocimiento de la ciudad estadounidense, condujo al establecimiento, entre los geógrafos y ecólogos anglosajones, de diversas variantes: la ciudad "sectorial" (H. Hoyt, 1939) y la "polinuclear" (C. O. Harris-E. L. Ullmann, 1945), por ejemplo. La imagen actualizada, sobre todo de las "megaciudades" tanto americanas y europeas como asiáticas y africanas, responde a alguno de esos modelos o a alguna de sus variables. Y no sólo en las grandes metrópolis sino también en los ensanches y remodelaciones de muchas grandes urbes y de numerosas poblaciones de tipo medio (P. Claval, 1981 y H. Carter, 1983).

Se incluyen así ciudades de muy viejo y complejo pretérito, por ejemplo europeas y, más en concreto españolas, en cuyo pasado romano e islámico la modernidad racionalista con raíces en Ebenezer Howard, Le Corbusier y la Bauhaus ha promovido también aunque con matices el dualismo "centro de

actividad/casco histórico" versus "periferia residencial". Es claro que en las áreas centrales monumentales e históricas de estas ciudades de lejano y vario origen, la pluralidad cultural medieval justificó, al menos en España y pese a los siete siglos de Reconquista cristiana, un urbanismo de convivencia y encuentro que hizo de Toledo, como de otras poblaciones hispanas, la "ciudad de las tres religiones" (A. Castro, 1954), dotándolas además de una monumentalidad y un ambiente bien singulares. Con todos los problemas que ese pasado medieval significa si además se agrega su posterior evolución hasta la revolución industrial y segunda revolución urbana (A. Zárate, 1992).

Y que condujo, tras esa primera gran transformación socioeconómica, a una destructiva "remodelación" modernizadora del callejero y del caserío tradicionales y no tanto de los grandes monumentos singulares del pasado —catedrales, palacios, jardines, plazas y espacios públicos—, una remodelación detenida últimamente por el regreso, más o menos historicista, a una vieja realidad arquitectónica y patrimonial que, con el patrocinio de la UNESCO y a través de la defensa y recuperación del "Patrimonio de la Humanidad", está generalizando —y ¿globalizando?— una muy positiva política de "rehabilitación" cultural, material y ambiental de la ciudad histórica y de sus reliquias monumentales como de sus conjuntos y ambientes populares (M. A. Troitiño, 1992 y A. Zárate, 2000).

No falta, sin embargo, en estos casos, una "periferia residencial" de reciente nacimiento y desarrollo a menudo similar a la del modelo americano: unifamiliar, ajardinado y vario socialmente en sus volúmenes, en sus formas y en sus materiales lo mismo que en su valor de cambio. Pero en la que aparecen también los "barrios dormitorio", grandes urbanizaciones masivas en altura, de grandes y numerosos edificios en orden abierto y más o menos provistas de espacios auxiliares ornados a veces de vegetación artificial, de varias plantas y uso plurifamiliar aunque desiguales en sus costes y en sus precios de venta. Aparte, intercalados en unas y otras áreas residenciales, se encuentran, a menudo, los asentamientos marginales, conjuntos de viviendas de baja calidad y reducida salubridad —chabolas, bidonvilles, villas latas—, a menudo de autoconstrucción pero sin que falten las promociones institucionales baratas de escaso espacio habitable y útil y faltos, por sus malos materiales y las limitadas condiciones constructivas, de seguridad y continuidad en el tiempo (A. Zárate, 1991 y AA.VV., 1999).

La vida y las diversas actividades de los habitantes de estas "nuevas" ciudades —modernistas y postmodernistas— se adaptan —aunque también tienen parte en su origen— a esta nueva estructura urbana. Frente a lo peculiar de la ciudad anterior, en especial la "preindustrial", en la que sus habitantes y sus funciones aparecían profundamente imbricados social, espacial y temporalmente, en el modelo "americano" domina una estricta distinción espacial entre la presencia residencial, esencialmente periférica, y las actividades,

muy terciarizadas, acumuladas en el centro urbano (CBD) o en los varios centros secundarios distribuidos entre los diversos barrios o distritos ciudadanos.

A ello se añaden una nítida discriminación social del espacio y el nacimiento de una "ciudad dual" no sólo urbanísticamente sino más aún humanamente al introducirse determinadas nuevas pautas de comportamiento individual y colectivo (M. Castells, 1989). En general, la sociedad urbana tiende hoy a diferenciarse en dos colectivos humanos enfrentados y contrapuestos. Uno, minoritario en volumen y caracterizado por sus elevados ingresos, su control de la vida económica y su poder político, ofrece una cierta homogeneidad en origen y en desarrollo cultural. El segundo, una mayoría creciente en volumen y en claro declive económico y político, se caracteriza por su muy varia procedencia étnica y cultural y su pobre significado social. Añade complejidad a esta emergente estructura humana, primero, la reducción de los índices de participación de la fuerza laboral definida y controlada oficialmente, después, la explosión de una economía "sumergida" resultado de actividades no reguladas, y, finalmente, la proliferación de una economía ilegal y/o criminal —tráfico de drogas y prostitución— fundamento del empleo de una parte creciente de las minorías étnicas y sociales (J. Bosque Maurel, 1996).

Aparte tiene lugar una extraordinaria y creciente movilidad de la población, originada y facilitada por un nuevo plano vial adaptado a esa movilidad y una red de transportes y comunicaciones tanto individuales como colectivas que la favorecen y que implican alternativas temporales de ocupación de la ciudad y muy distintos usos del suelo urbano. Las áreas funcionales productivas, en especial el "CBD", ofrecen una elevada densidad de población sobre todo diurna y un mínimo nocturno que se extiende al "week end", todo ello en función de los horarios de trabajo. Únicamente aquellas partes dominadas por los servicios dedicados al ocio y al recreo en todas sus formas, por lo general no distantes de los distritos centrales, constituyen una excepción ya que presentan una relativa presencia nocturna y de fin de semana. Ocupadas, en conjunto, estas áreas solo unas horas al día por una numerosa y cambiante población transeúnte, muy diferente según los horarios y los usos, y a menudo limitada a la mera presencia de unas gentes para quienes son simples lugares de encuentro o paseo, engendran una cierta inhospitalidad favorecida por unas vías reservadas en gran medida, sobre todo fuera del tiempo de trabajo, al tráfico rodado, y son la causa de una sensación, real y/o imaginaria, de inseguridad y miedo en muchas partes de la ciudad (M. J. Dear, 2000).

Por su parte, los distritos residenciales, en especial los periféricos, apenas provistos de los servicios mínimos, se encuentran en gran medida vacíos durante el día y sólo alcanzan su máxima ocupación al atardecer y durante la noche, además del fin de semana. Una presencia casi exclusivamente limitada a los hogares y domicilios familiares, ya que su callejero, apenas peatona-

lizado, es sobre todo un viario dominado por el transporte privado automóvil, apenas el público, y que tiende, por ello, a fraccionarse artificialmente para su defensa y guarda por cercas solo rotas por unos escasos puertos de acceso, y provistas, como el conjunto de un espacio urbano convertido en dormitorio, de una estricta protección y vigilancia pública o privada.

A lo que se añaden importantes transformaciones en la espacialización de la misma vida económica y de su funcionamiento. Por una parte, cabe resaltar la pérdida de vigor e importancia en la ciudad de las actividades industriales y su tendencia, si se mantienen, a la concentración fuera de las áreas centrales y en determinados y muy concretos puntos de la periferia, siempre distintos y distantes de las áreas residenciales, y que están finalizando en "polígonos industriales" y "parques tecnológicos" exclusivos y especializados (M. Castells y P. Hall, 1994).

Aunque, quizás, el principal cambio haya tenido lugar en relación a los servicios de mayor impacto colectivo, como el abastecimiento y la atención de los urbanitas y, en concreto, de las actividades mercantiles. Un hecho esencial ha sido la pérdida de importancia, a veces hasta casi la desaparición, del pequeño comercio tradicional —zocos, mercados centrales o de barrio, calles mercantiles, ferias— y su sustitución, primero, en las áreas centrales de la ciudad, por los "grandes almacenes" y "supermercados" de oferta múltiple y precio fijo y único, todavía muy presentes y, más tarde, facilitando la implantación y reforzamiento del cinturón residencial periférico, por el nacimiento y la difusión de las "grandes superficies" y/o "centros comerciales" que, favorecidos por el fácil transporte y el aparcamiento individual y colectivo, no sólo atienden en exclusiva a la periferia sino también penetran y controlan, parcialmente, el consumo de las áreas urbanas internas (J.A.Dawson, 1980 y A.Metton, 1984). Con la particularidad de que, últimamente, a los objetivos mercantiles se están añadiendo, tanto en el distritos centrales como en los bordes internos y externos de la periferia residencial, cada vez más numerosos servicios financieros y lúdicos —espectáculos varios, restauración diversa—, que están convirtiendo a las "grandes superficies" y los "centros comerciales" en lugares de encuentro y de paseo. Y que, en los distritos centrales, se unen a los servicios públicos de orden político-administrativo, nacionales, regionales y locales según los casos.

3. HACIA UNA "NUEVA" SOCIEDAD

El cambio producido en la estructura y la vida urbanas ha sido tan profundo y revolucionario, que la adaptación no ha sido fácil, sobre todo en la evolución de la ciudad histórica, profundamente dañada a menudo por las nuevas circunstancias. En este aspecto, catástrofes inesperadas que afectaron

a urbes tradicionales bien asentadas, favorecieron el paso hacia la ciudad "nueva". Este fue el caso del incendio que destruyó Chicago en 1871 y que, en su reconstrucción posterior, condujo al "loop", su actual centro de negocios. O el del nuevo San Francisco surgido tras el terremoto de 1904. Asimismo, los bombardeos alemanes de Londres en 1941-1944, llevaron a la actual y muy renovada "city" londinense. Por el contrario, en aquellos espacios de reciente urbanización el cambio no ha ofrecido problemas importantes, sino todo lo contrario, y ha facilitado la difusión de los movimientos modernistas y funcionalistas nacidos a comienzos de siglo y con su mejor representación en las ideas de Le Corbusier y de la Carta de Atenas, aprobada en 1933 y publicada en 1942 (T. Hilpert, 1983).

Sin embargo, este nuevo urbanismo implicaba una amputación de aquello que es más importante en la función urbana, "maximizar las interrelaciones sociales y favorecer los encuentros y el intercambio en todos los sentidos", y que, al reducir las necesidades de los ciudadanos a "la trilogía lecorbusiana de habitar, trabajar y recrear, hace de la urbe una caricatura" (P. Claval, 1981, 554). Y que, además, en paralelo, llevó al planteamiento patrocinado por Le Corbusier —v.g., el barrio histórico de la Candelaria de Santa Fe de Bogotá— del arrasamiento total y/o parcial de los viejos cascos urbanos y al desarrollo, como compensación, de las "new towns" en sus diferentes tipos, por ejemplo, los propuestos por Ebenezer Howard (Garden City), el mismo Le Corbusier (Ville Radieuse) o F.L.Wright (Broadacre City) (F. Choay, 1965 y Cl. Chaline, 1988).

Por ello, la reacción no se hizo esperar, y a lo largo de los años sesenta nació y creció la conciencia de una crisis urbana (O. Handlin y J. Burchard, 1966). Los intentos de recuperación fueron —y son— varios y muy diversos, y como telón de fondo de todos ellos, se pretendió —y se pretende— la justificación teórica de un posible retorno a la ciudad tradicional, y que planteó, entre otros, Jane Jacobs (1961), haciéndose eco de los problemas de Nueva York y algunas otras ciudades del Este de los Estados Unidos, muy deterioradas socialmente por el cambio derivado del "nuevo orden urbano" y con graves problemas de funcionamiento, incomunicación, hacinamiento, mayor delincuencia, desintegración social. Una reacción que condujo, sobre todo en Europa, mucho menos en América, a la defensa y recuperación de los barrios antiguos o a su renovación dentro de un estilo que respetase las estructuras y los ambientes del pasado (R. Kain, 1981), reduzca el vaciado de los distritos centrales y facilite la reocupación de los palacios rehabilitados o de los inmuebles bien adaptados que sustituyan el caserío miserable e insalubre del casco antiguo (AA.VV., 1989). Cambios que no han impedido el mantenimiento y la extensión de muchos de los caracteres típicos del "urbanismo americano" por todo el mundo, sobre todo en las áreas de nuevo crecimiento pero también en los núcleos antiguos consolidados (P. Hall, 1996).

Pero, es evidente que en el campo de las costumbres y de los comportamientos urbanos, y por mimesis en los inmediatos ámbitos rurales, y no sólo en las "nuevas ciudades" y sus áreas de influencia, es donde el influjo globalizador, "americanizante", es más intenso y está más generalizado. Así, en la cultura urbana no es sólo frecuente el uso del inglés, sino la introducción en los idiomas nacionales de términos, vocablos y expresiones procedentes de esa lengua que la difusión de la Informática ha incrementado al máximo. Y que, además, está convirtiendo al inglés en el idioma oficial de la ciencia. Aparte que, en paralelo, se están generalizando ciertas costumbres y comportamientos anglosajones casi cotidianamente.

Esta "anglicanización" ha alcanzado sus máximos niveles, primero, a finales de los años cincuenta, por la presencia de la televisión que, desde entonces, se ha impuesto como un elemento esencial en todos los hogares y convertido en una fiel sucursal de las imágenes producidas y realizadas sobre todo en los Estados Unidos. Y, también, de la introducción mayoritaria de todos los medios de expresión y comunicación de habla inglesa, la cinematografía en primer lugar, que no sólo se encuentra en las salas públicas sino más aún en los hogares, mediante videos y programas televisivos, y la edición constante y frecuente de traducciones de la literatura anglosajona en su más amplio sentido, desde los autores clásicos ingleses hasta la moderna novela culta inglesa y norteamericana pasando, en especial, a la generalización de ediciones más populares y difundidas, novelas policíacas, del oeste y de aventuras, de ciencia ficción y, cada vez más, de "comics" o "tebeos" de todas clases y para todas las edades. Cabe añadir, además, el impacto de ciertos deportes, como el "fútbol", hoy una de las grandes pasiones populares, o, en menor medida, la difusión del "tenis" y el "baloncesto", ambos como el primero nacidos en las Islas Británicas (J. Bosque Maurel, 1998).

Algunos de sus frutos forman parte de muchas de las costumbres tanto colectivas como personales y del mismo "confort" de los hogares. Un ejemplo puede encontrarse en la difusión de la música popular norteamericana y, a su través, iberoamericana que son mayoritarias tanto en ventas como en uso y no sólo entre la juventud, al menos en España y en gran parte de Europa. Incluso, en la cada vez mayor presencia pública y privada de la llamada música clásica es evidente el influjo de las orquestas, programas, intérpretes y editoras musicales anglosajonas. Y tampoco habría que olvidar la aparición reciente y el relativo éxito de algunas creencias (religiones) provenientes de ese mismo ámbito cultural: Mormones, Testigos de Jehová, etc.

Sus huellas aparecen además, quizás en parte a través del cada vez más extendido concepto americano de la cotidianeidad, en la difusión de ciertos comportamientos y usos, por ejemplo en la gastronomía y en el consumo alimenticio. Así, la expansión de ciertas bebidas, Coca-Cola y Whisky, y comidas, Hamburguesas de diversas clases, carnes a la brasa, cierta pastelería,

típicamente norteamericanas, el creciente consumo de la cerveza, fría o helada, en lugar de bebidas tradicionales como vinos, licores y aguardientes, constituyen una buena prueba de la apertura al exterior y, más aún, de la existencia de gustos y aficiones que, a través de las telecomunicaciones, han llegado de muy lejos y se están convirtiendo en propiedad de las gentes más diversas y más distantes.

Pero la "globalización" ofrece además hábitos y costumbres de origen muy distinto y, a veces, exótico que, incluso, pudiera considerarse como oposición a la globalización. Cabe recordar la extraordinaria difusión de la cocina italiana (pizzerías), con algunos platos más propios de América que de la misma Italia, la creciente expansión de ciertas costumbres culinarias específicas de Hispanoamérica, de México, Argentina e, incluso, Brasil, así como de la gastronomía oriental, china sobre todo, pero también nipona, india, árabe, etc. Nuevas modalidades alimentarias que, en cierta manera, responden a modas y maneras muy generalizadas en las grandes ciudades norteamericanas y llegadas a Europa, muchas veces, a través de capitales y empresas que tienen su origen en los mismos Estados Unidos.

Es claro que estas nuevas formas de vivir no excluyen la presencia, sin duda muy importante y aun mayoritaria en ciertos lugares y momentos, de hábitos y costumbres tradicionales, estrictamente nacionales, regionales o locales, y que sin duda tienen una indudable ligazón con actitudes y maneras de ser propias de ciertos ámbitos subcontinentales, como el mundo mediterráneo, y por tanto demostrativos de una cierta "globalidad" regional limitada (Milton Santos y otros, 1994). En este aspecto cabe resaltar la importancia de la calle, de su uso frecuente, diario, en la vida cotidiana de los países mediterráneos. El gran número y extraordinaria dispersión, por ejemplo, de los locales de ocio — bares, tabernas, casas de comidas — en la ciudad hispana, así como su uso casi cotidiano por todas las clases sociales y sea cual sea su edad y posición, incluida su traslación hacia horarios cada vez más nocturnos, constituye un hecho esencialmente autóctono y, en ocasiones, transferido a otros ámbitos culturales, a Iberoamérica, por ejemplo (J. Bosque Maurel, 1998).

En último lugar, parece evidente que, en todo el "espacio geográfico" mundial, la pugna entre las fuerzas de la "globalización" y del "localismo / regionalismo / nacionalismo" ha existido siempre y que, más o menos claramente, en el momento actual no faltan ni las fuerzas derivadas del sistema o sistemas determinantes de los "Imperios formales" anteriores a la I Guerra Mundial ni, mucho menos, de los originales de la última "mundialización". Pero, sin duda, la presencia de las formas tradicionales, sin ser exclusivas, es mucho más importante en los "espacios" de más vieja y más compleja historia, como Europa y, más cerca de nosotros, la Península Ibérica y España. Aunque, en uno y otro caso, y por añadidura, no dejan de tener una evidente

relación con la extensión e imposición generalizada de los modos de ser y hacer democráticos. En fin, como afirma A.Giddens (2000,82), "la democracia es, quizá, el principio activo más poderoso del siglo XX". Un hecho que, además, permite pensar en que se está produciendo "una mutación filosófica del hombre capaz de atribuir un nuevo sentido a la existencia de cada persona y también del planeta" (Milton Santos, 2000, 174).

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1989): "Historia urbana i intervenció en el centre històric". *III^a Setmana d'Estudis Urbans a Lleida* (6-10 octubre 1986), Barcelona, Institut Cartogràfic de Catalunya, 386 pp.
- AA.VV. (1999): "Periferias urbanas y nuevas formas espaciales", pp. 201-452, en R. Domínguez (Coord.), *La ciudad. Tamaño y crecimiento. III Coloquio de Geografía Urbana* (Junio 1996). Departamento de Geografía de la Universidad de Málaga, 532 pp.
- AA.VV. (1998): "El efecto de la globalización. Escenarios urbanos." *Rev. Astrágalo*, n.º 10, diciembre 1998, CXXX pp.
- Benko, G. (1999): *Economía, espaço e globalização na aurora do século XXI*. São Paulo, Hucitec, 266 pp.
- Bosque Maurel, J. (1993-1994): "La ciudad habitable: utopía o realidad", *Cuadernos Geográficos de la Universidad de Granada*, 22-23, 1993-1994, pp. 7-16.
- Bosque Maurel, J. (1994): "Globalização e regionalização. Da Europa dos estados a Europa das regiões. O caso da Espanha". En Santos, M., Souza, M.^a A. A. de y Silveira, M.^a L. (Orgs.) (1994), *Territorio. Globalização e Fragmentação*. São Paulo, Hucitec, pp. 29-41.
- Bosque Maurel, J. (1998): "Globalización y nacionalismo". *Rev. Astrágalo*, n.º 10, diciembre 1998, pp. XXI-XXXII.
- Castells, M. (1989): *The Informational City. Information, Technology, Economic Restructuring and the Urban-Regional Process*. New York, Basil Blackwell, 402 pp.
- Castells, M. y Hall, P. (1994): *Las tecnopolis del mundo. La formación de los complejos industriales del siglo XX*. Madrid, Alianza Editorial, 363 pp.
- Claval, P. (1981): *La logique des villes. Essai d'urbanologie*. París, Litec, 633 pp.
- Chaline, Cl. (1988): *Las nuevas ciudades en el mundo*. Col. ¿Que sé?, 159. Barcelona, Oikos-tau, 168.
- Choay, F. (1965): *L'urbanisme, utopies et réalités. Une anthologie*. París, Editions du Seuil, 448 pp.
- Chueca Goitia, F. (1968): *Breve historia del urbanismo*. Libro de Bolsillo, 136. Madrid, Alianza Editorial, 241 pp.
- Davis, K. (Edit.) (1976): *La ciudad: su origen, crecimiento e impacto en el hombre*. Seleccionados del Scientific America. Madrid, H. Blume Editores, 341 pp.
- Dawson, J. A. (1980): *Retail Geography*. Oxford, Croom Helm, 150 pp.
- Dear, M. J. (2000): *The Postmodern Urban Condition*. Oxford, 337 pp.

- Engels, F. (1974): *El problema de la vivienda y las grandes ciudades*. Barcelona, Edit. Gustavo Gili.
- Estébanez Álvarez, J. G. (1995): "Globalización, espacio y geografía". *Rev. Polígonos*, Universidad de León, 5, pp. 17-31.
- Giddens, A. (1999): *Un mundo desbordado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid, Taurus, 117 pp.
- Gordon Childe, V. (1965): *La evolución de la sociedad*. Madrid, Ciencia Nueva, 203 pp.
- Gottmann, J. (1961): *Megalopolis. The urbanized seaboard of the United States*. Cambridge (Mass.) MIT Press, 3.^a ed., XI-203 pp.
- Grimal, P. (1954): *Les villes romanes*. Col. Que sais-je? n.º 67, París, P.U.F., 128 pp.
- Hall, P. (1996): *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 494 pp.
- Handlin, O. y Burchard, J. (Edits.) (1966): *The Historian and the City*. Cambridge, The MIT Press, 298 pp.
- Jones, C. (Edit.) (1979): *Urban deprivation and the inner city*. Londres, Croom Helm, 218 pp.
- Hilpert, T. (1983): *La ciudad funcional. Le Corbusier y su visión de la ciudad*. Nuevo Urbanismo, 41. Madrid, Instituto de Administración Local, 490.
- Jacobs, J. (1961): *The Death and Life of Great American Cities*. New York, Random House, 458 pp. Traducción española, Barcelona, Península, 1971, 480 pp.
- Jones, Cl. (Edit.) (1979): *Urban deprivation and the inner city*. Londres, Croom Helm, 218 pp.
- Kain, R. (1981): *Planning for conservation: an international perspective*. Londres, Mansell, XII+229 pp. (Trad. española, Barcelona, Península, 470 pp.).
- Lilley, S. (1967): *Hombres, máquinas e historia*. Madrid, Editorial Ciencia Nueva, 359 pp.
- Méndez, R. y Molinero, F. (1994): *Espacios y sociedades. Introducción a la geografía regional del mundo*. Ariel Geografía. Barcelona, Ariel, 669 pp.
- Méndez, R. (1997): *Geografía económica. La lógica espacial del capitalismo global*. Ariel Geografía. Barcelona, Ariel, 384 pp.
- Metton, A. (1984): *Le commerce urbain français*. París, P.U.F., 280 pp.
- Mumford, L. (1966): *La ciudad en la historia*, 2 vols., Buenos Aires, Infinito,
- Murphy, R. (1966): *The American city: an urban geography*. New York, McGraw Hill, IX-464 pp.
- Park, R.S. (1960): *Human communities. The city and human ecology*. Glencoe, The Free Press, 278 pp.
- Santos, Milton (1994): *Técnica Espaço Tempo. Globalização e meio técnico-científico informacional*. São Paulo, Hucitec, 190 pp.
- Santos, Milton (1996): *A Natureza do Espaço. Técnica e tempo. Razão e emoção*. São Paulo, Hucitec, 308 pp.
- Santos, Milton (2000): *Por uma outra globalização do pensamento único à consciência universal*. Rio de Janeiro-São Paulo, Editora Record, 174 pp.
- Santos, M., Souza, M.^a A. A. de y Silveira, M.^a L. (Orgs.) (1994): *Territorio. Globalização e Fragmentação*. São Paulo, Hucitec, 332 pp.
- Sergeant, R.B. (Edit.) (1982): *La ciudad islámica*. Barcelona, Serbal/UNESCO, 260 pp.

- Sjoberg, G. (1966): *The Preindustrial City. Past and Present*. New York, Free Press.
- Sjoberg, G. (1976): "El origen y evolución de las ciudades", en Davis, K., *La Ciudad. Su origen, crecimiento e impacto en el hombre*, Selecciones del Scientific American. Madrid, H. Blume Ediciones, pp. 17-27.
- Sorre, M. (1943-1952): *Les Fondements de la Géographie Humaine. I. Les Fondements Biologiques. II. Les Fondements Techniques* (2 vols.), y *III. L'Habitat*. París, Librairie Armand Colin, 448, 1.031 y 431 pp.
- Souza, M.^a A.A., Correia Lins, S., Costa Santos, M.^a P. y Costa Santos, M. (1999): *Metrópole e globalização. Conhecendo a Cidade de São Paulo*. São Paulo, CEDESP, 254 pp.
- Terán, M. de (1951): "Habitat rural. Problemas de método y representación cartográfica" (pp. 145-168), en Terán, M. de, *Pensamiento geográfico y espacio regional en España. Varia geográfica*. Edición a cargo de Joaquín Bosque Maurel. Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 454 pp.
- Terán, F. de (Dir.) (1989): *La Ciudad Hispanoamericana. El Sueño de un Orden*. Madrid, CEHOPU, 302 pp.
- Troitiño Vinuesa, M. A. (1992): *Cascos antiguos y centros históricos: problemas, políticas y dinámicas urbanas*. Madrid, Ministerio Obras Públicas y Transportes, 150 pp.
- Vidal de la Blanche, P. (1922): *Principes de Géographie humaine*. Edición de E. de Martonne. París, A. Colin, 322 pp.
- Wallerstein, I. (1979): *The Capitalist World-Economy*. Cambridge UP, Cambridge (U.K.).
- Wallerstein, I. (1988): *El capitalismo histórico*. Madrid, Siglo Veintiuno de España Editores, 300 pp.
- Weber, M. (1958): *The City*. New York, Free Press, 242 pp.
- Zárate Martín, A. (1991): *El espacio interior de la ciudad*. Col. Espacios y Sociedades, 12. Madrid, Síntesis, 253 pp.
- Zárate Martín, A. (1992): "Teoría y práctica de la rehabilitación en España". *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, CXXVIII, pp. 321-359.
- Zárate Martín, A. (2000):

RESUMEN

Naturaleza y Humanidad son elementos y factores diferentes en la realidad terrestre. Y, sin embargo, desde antiguo la acción del Hombre ha procurado una uniformidad que es la base de la "globalización" actual. Uniformidad y globalidad que tiene como principal protagonista a la "ciudad". La aparición y difusión de una "nueva" ciudad y un "nuevo" urbanismo son la base de una globalización/mundialización que, teñida de "anglicanización" y "americanización", pretende homogeneizar y caracterizar el mundo en que vivimos al menos en el ámbito socioeconómico. Una realidad que no impide el mantenimiento de los aspectos y principios nacionales, incluso de los regionales y locales. Como también la posibilidad de un nuevo sentido a la existencia de la Humanidad y de la Tierra.

Palabras clave: Geografía urbana, Geografía social, Globalización, Urbanismo.

ABSTRACT

Nature and Humankind are different terrestrial components and factors. However, since old, human actions have produced an uniformity from which present “globalization” rises. Uniformity and globality have the “city” as their main character. The rising and diffusion of a “new” city and a “new” urbanism are the basis of a globalization/world-wide trend that, coloured by “Anglicanization” and “Americanization”, wants to homogenize and characterize our world, at least in the social-economic area. This reality does not prevent —nor does attempt to prevent— us from keeping national, even regional or local, aspects and principles or from giving a new sense to Humankind and Earth existence.

Keywords: Urban Geography, Social Geography, City, Globalization, Urbanism.

RÉSUMÉ

Nature et Humanité son des éléments et des facteurs différents dans la réalité terrestre. Et pourtant, de longue date, l'action de l'homme a produit une uniformité qui est la base de la “mondialisation” actuelle. Uniformité et globalité dont le personnage principal est la ville. L'apparition et la diffusion d'une “nouvelle” ville et d'un “nouveau” urbanisme sont la base d'une globalisation/mondialisation qui, avec des traces d’“anglicisation” et “américanisation”, prétend homogénéiser et caractériser le monde où nous habitons au moins dans le domaine socioéconomique. Une réalité qui n'empêche pas —et ne doit pas le faire— la conservation des aspects et principes nationaux, et même les régionaux et locaux, ainsi que la possibilité d'un nouveau sens à l'existence de l'Humanité et de la Terre.

Mots clé: Géographie urbaine, Géographie sociale, Ville, Mondialisation, Urbanisme.